

# De Mari a Babilonia: ciudades fortificadas en la antigua Mesopotamia<sup>1</sup>

## From Mari to Babylon: Fortified Cities in Ancient Mesopotamia

Juan-Luis MONTERO FENOLLÓS  
Universidade da Coruña  
fenollos@udc.es  
<https://orcid.org/0000-0002-0689-3765>

Fecha de recepción: 20-01-2021  
Fecha de aceptación: 18-03-2022

### RESUMEN

Las ciudades mesopotámicas estaban amuralladas desde sus orígenes. Muralla y ciudad, símbolo de civilización, eran dos conceptos inseparables. Por mandato de los dioses, el rey era el responsable de la fundación de las ciudades y de la construcción de sus sistemas de defensa, que fueron evolucionando como respuesta a los cambios producidos en el arte de la guerra en el Próximo Oriente antiguo. En este artículo se analiza, en particular, la documentación arqueológica y textual de dos modelos de ciudad fortificada: Mari (III-II milenio a. C.), en el norte, y Babilonia (II-I milenio a. C.), en el sur. Se realiza una nueva propuesta de interpretación del recinto defensivo interior de Babilonia.

**Palabras clave:** Ciudades mesopotámicas, fortificaciones

**Topónimos:** Habuba Kabira, Mari, Babilonia

**Período:** IV-I milenio a. C.

### ABSTRACT

Mesopotamian cities were walled from their origins. Wall and city, a symbol of civilisation, were two inseparable concepts. By mandate of the gods, the king was responsible for the foundation of the cities and the construction of their defence systems, which evolved in response to changes in the art of warfare in the ancient Near East. This article analyses, in particular, the archaeological and textual documentation of two models of fortified cities: Mari (3<sup>rd</sup>-2<sup>nd</sup> millennium B.C.), in the north, and Babylon (2<sup>nd</sup>-1<sup>st</sup> millennium B.C.), in the south. A new approach to the interpretation of the inner wall of Babylon is proposed.

---

<sup>1</sup> Este artículo se ha realizado en el marco del Programa de consolidación y estructuración de unidades de investigación competitivas y otras acciones de fomento en las universidades del Sistema Universitario de Galicia (Xunta de Galicia).

**Keywords:** Mesopotamian cities, fortifications

**Place names:** Habuba Kabira, Mari, Babylon

**Period:** IV<sup>th</sup>-I<sup>st</sup> millennium B. C.

## 1. INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS

El nacimiento de la ciudad es un tema complejo que, a pesar de su trascendencia histórica, conocemos de forma deficiente. Los mesopotámicos fueron los inventores de la ciudad y del nuevo modelo de vida que esta representaba. De hecho, podemos calificar la ciudad como la esencia misma de la civilización mesopotámica. Las ciudades fundadas junto a las riberas del Tigris y del Éufrates no fueron un hecho improvisado y espontáneo. Detrás de ellas hay una larga historia de casi tres milenios (ca. 3300-539 a. C.), que llegó a su cénit con Babilonia y el nuevo concepto de megaciudad. Este proceso histórico fue bautizado como “Revolución Urbana” por Gordon Childe (1992: 188-237). Hoy, se habla, incluso, de dos revoluciones urbanas entre el IV y el III milenio a.C. en Mesopotamia.

Para el estudio de las primeras ciudades es preciso investigar el inicio de toda una serie de mutaciones económicas, sociales, políticas, ideológicas y tecnológicas, todas de gran importancia. La ciudad mesopotámica no fue solo un hecho urbanístico, sino un conjunto de cambios hacia un nuevo modelo con el que dar respuesta a una creciente sociedad compleja. La primera urbanización de las tierras mesopotámicas fue un fenómeno histórico de enorme complejidad, cuyo estudio es todo un reto para la investigación arqueológica. Para acercarnos al hecho urbano en Mesopotamia, partimos de la siguiente premisa: la ciudad fue el resultado de la acumulación de toda una serie de innovaciones tecnológicas que introdujo importantes transformaciones en lo político, lo económico, lo social y lo cultural. Entre las más relevantes podemos enumerar las siguientes: el urbanismo, la escritura, la metalurgia, la glíptica (cilindros-sello), la escultura, la arquitectura monumental, el comercio internacional y el transporte a larga distancia (la rueda y los canales de navegación). Desde nuestro punto de vista, esto indica que los fundadores de la ciudad tenían una concepción propiamente económica (sobre todo comercial y tecnológica) del desarrollo de la misma. Esta “tesis modernista” entra en conflicto con las llamadas “tesis primitivistas”, que defienden una economía mesopotámica de componente esencialmente agrícola y ganadero.

En la actualidad, hay todavía una serie de cuestiones clave sobre el nacimiento de las ciudades en Mesopotamia a la que no es sencillo dar respuesta: ¿Cómo y cuándo se produjo el paso de la aldea a la ciudad? ¿Fue una ruptura o una evolución? En otras palabras: ¿La ciudad fue consecuencia de una transformación de la aldea neolítica? O ¿fue un hecho radicalmente nuevo? El análisis comparativo de diversos aspectos (implantación, necesidades de base, límite y defensa, morfología espacial, superficie, territorio, urbanismo, organización y red interior, funciones y economía) ha llevado a Jean Margueron (2012: 79) a concluir que la ciudad no fue el resultado de la transformación o dilatación de la aldea. La ciudad mesopotámica fue una creación nueva. Fue una mutación radical de la que el hombre fue el responsable, que se hizo evidente en la segunda mitad del IV milenio a. C. La ciudad fue un nuevo concepto, un hecho pensado, con el que dio respuesta a una nueva mentalidad.

Aunque no es una tarea sencilla, podemos considerar que los principales rasgos que definen una ciudad mesopotámica son los siguientes: morfología espacial definida (circular u ortogonal); diversidad de fórmulas arquitectónicas, que están organizadas y jerarquizadas (estructuración interna del espacio) y evidencian una separación de actividades y

funciones (económicas, políticas y religiosas); técnicas de urbanismo complejo; actividades agrícolas y especializadas (artesanos, comerciantes, soldados, etcétera); existencia de una red regional y suprarregional de intercambios a larga distancia; centro de gestión y administración (escritura); y superficie variable (de 1 a 400 hectáreas). Por el contrario, la aldea se caracteriza por lo que sigue: una morfología espacial poco o nada definida; la ausencia de diferencias entre las unidades de hábitat (fórmula de habitación repetitiva); la carencia de técnicas de urbanismo; las actividades económicas idénticas (autosuficiente); la explotación del espacio limitada; y superficie reducida (de 1 a 10 hectáreas).

Evidentemente, ante un tema tan enmarañado, por su complejidad y lo limitado de las fuentes disponibles, la moderna historiografía ha propuesto numerosas hipótesis para explicar las causas del nacimiento de la ciudad en el Próximo Oriente antiguo (Liverani, 2014). De acuerdo con nuestra tesis de partida, la metalurgia fue una innovación tecnológica que contribuyó de manera activa a la transformación del modelo de hábitat y de organización social de la región sirio-mesopotámica, desde un patrón de aldeas implantado en el Neolítico a otro genuinamente urbano. Desde comienzos del III milenio a. C., el metal se convirtió en un elemento generador de cambio en la mentalidad de las comunidades y en su sistema socio-económico. La ausencia de los mesopotámicos de las rutas por las que circulaba el metal habría debilitado y puesto en crisis su naciente civilización urbana. Por ello, el control de los grandes circuitos comerciales y la apertura de nuevas rutas fueron claves para el florecimiento y el esplendor de las primeras ciudades y de sus gobernantes. En Mesopotamia, durante el período ca. 3000-2500 a. C., asistimos a una revolución tecnológica, en la que la ciudad y la metalurgia se presentan como dos elementos asociados. En otras palabras, según nuestra tesis, el trinomio “metalurgia-ciudad-comercio” era parte del complejo proceso histórico que conocemos hoy como “Revolución Urbana” (Montero Fenollós, 2004 y 2017).

La ciudad mesopotámica fue el resultado de la conjunción de dos actos distintos y complementarios, a saber: el de la construcción y el de la fundación. Por un lado, construir o edificar hacía referencia a la cuestión formal y material de la ciudad, es decir, al aspecto arquitectónico y urbano con el que se daba respuesta a las necesidades de una sociedad cada vez más compleja. Por otro lado, fundar se tradujo en una serie de prácticas rituales, que son la explicación divina al hecho urbano. Como hemos visto anteriormente, las ciudades no eran la consecuencia de la transformación de una aldea previa en otro hábitat más sofisticado. Las ciudades en Mesopotamia fueron fundadas por los reyes en honor de los dioses. En el país del Éufrates y del Tigris todo, desde la vida hasta la muerte, tenía una justificación divina. Las ciudades no fueron una excepción y se fundaron para ser la morada de un dios, que actuaba como patrón y protector. La ciudad era su templo y, por tanto, su casa. Enki lo fue de Eridu, Enlil de Nippur, Marduk de Babilonia, etcétera. De hecho, la prosperidad de la ciudad dependía directamente de las buenas relaciones entre el rey fundador y el dios protector. El soberano mesopotámico fue el responsable del acto fundacional, pero era la divinidad quien garantizaba el éxito de la empresa. En realidad, las ciudades fueron fundadas por mandato divino. Este acto se tradujo en la creación de ritos que conocemos mal y que se materializaron en los llamados depósitos de fundación de los principales edificios, templos en particular (Margueron, 2000). Cuando un monarca fundaba una ciudad, divinizaba y humanizaba al mismo tiempo un espacio físico, que había estado dominado por el caos. La nueva ciudad simbolizaba el triunfo del mundo civilizado.

La muralla es un elemento esencial del hecho urbano. A los ojos de los mesopotámicos, una ciudad sin muralla era algo inconcebible. Muralla y ciudad son dos realidades indisociables. La razón es evidente: Mesopotamia, que no fue una excepción en la Antigüedad, fue un mundo violento, donde la guerra, normalmente por conflictos fronterizos,

formó parte de la vida cotidiana de sus habitantes y dirigentes. La muralla fue, por un lado, símbolo de fuerza, de protección y de poder frente al enemigo y, por otro, marcó los límites entre civilización y el mundo exterior, desconocido y salvaje. Podemos concluir que si bien la ciudad fue la esencia misma de la cultura mesopotámica, la muralla lo fue de la ciudad. En el país de los dos ríos no conocemos una ciudad que no estuviera fortificada. La defensa era parte intrínseca del concepto de ciudad.

El objetivo de esta contribución es realizar un nuevo acercamiento a diferentes aspectos (materiales constructivos y técnicas, tipología de las obras defensivas, su evolución, etcétera.) de los sistemas de defensa de las ciudades mesopotámicas del III al I milenio a. C. tomando como modelo Mari, en el norte, y Babilonia, en el sur, a partir de las fuentes arqueológicas y textuales.

## 2. MURALLAS Y FORTIFICACIONES EN MESOPOTAMIA: REFERENTES HISTORIOGRÁFICOS Y FUENTES DOCUMENTALES

El *Dictionnaire illustré multilingue de l'architecture du Proche Orient Ancien* recoge varias entradas relacionadas con la temática de este artículo. Así, por ejemplo, define muralla (*muraille* y *rempart* en francés) como “Mur de défense, destiné à protéger une agglomération ou une région.” y como “Mur pourvu de défenses, établi parfois sur une levée de terre”, fortaleza (*forteresse* en francés) como “Place-forte isolée, sans liens avec une agglomération”, y fortificaciones como “Ensemble de ouvrages propres à la défense d'un site” (Aurenche dir., 1977: 88, 123 y 151). Todas estas definiciones tienen como denominador común la idea de defensa mediante construcciones arquitectónicas de protección para la comunidad. Las murallas eran armas defensivas con las que contrarrestar la eficacia y el alcance de las armas ofensivas de los ejércitos enemigos (flechas, lanzas, balas de onda, torres de asedio, arietes, técnicas de zapa, etcétera). Por esta razón, veremos cómo los sistemas defensivos (grosor de los muros, torres y bastiones, varios recintos, terraplenes, fosos, etcétera) fueron evolucionando al ritmo de los avances militares de los ejércitos del Oriente antiguo. El armamento y las murallas pueden conducirnos a una interpretación de los modos de combate y las técnicas militares en uso en un determinado período histórico.

La arquitectura militar o defensiva en Mesopotamia es un tema de investigación relativamente reciente, que ha sido objeto de una atención escasa en comparación con la arquitectura religiosa o palacial. Una muestra es la obra del profesor y militar israelí Yigael Yadin (1963) que, a pesar de versar sobre el arte de la guerra en tierras de la Biblia, solo dedica unas pocas páginas al tema de las murallas. En ellas describe de forma breve las partes que conformaban el sistema de defensa de una ciudad proximoriental: el muro propiamente dicho, que debía ser ancho y alto, las almenas, los tipos de puertas, las torres y bastiones, los glacis, los antemuros, los fosos y las ciudadelas interiores (Yadin, 1963: 19-23).

Dos enciclopedias de referencia en el ámbito del Próximo Oriente antiguo, publicadas ambas en los años noventa del pasado siglo, contienen sendos estudios de síntesis sobre las fortificaciones. En el primero de ellos, Amihai Mazar (1995) realiza un sintético recorrido por las principales fortificaciones de las ciudades de Mesopotamia, Anatolia, Levante y Egipto entre finales del IV y mediados del I milenio a. C. En el contexto mesopotámico describe los sistemas de defensa de ciudades como Habuba Kabira, Uruk, Mari, Assur, Kalhu, Dur-Šarrukin, Nínive y Babilonia. En el segundo de los estudios, Ze'ev Herzog (1997) nos proporciona un útil análisis sobre los distintos tipos de fortificación en el período comprendido entre la Edad del Bronce y la del Hierro, que fueron documentados principalmente en el área de Israel y Palestina (Megiddo, Hazor, Tell Beit Mirsim, Arad, Tell el-Far'a, etcétera) y, en menor grado, en la Siria interior (Qatna y Ebla). Mesopotamia queda

excluida, a excepción de Karkemiš (en el Éufrates turco). En su opinión, las fortificaciones, cuya construcción requería de la movilización de una parte significativa de la comunidad, conformaban un importante componente de los antiguos asentamientos urbanos y tenían una doble misión: proteger del acceso de elementos hostiles y demarcar los límites de la ciudad. Enumera y describe brevemente lo que él define como “circumferencial defense system” (murallas sólidas, casamatas, muros de tierra, cinturón de casas, glacis y fosos), además de puertas (con torres salientes, con varias habitaciones, ceremoniales, etcétera), y baluartes y fortalezas de naturaleza militar.

Para el caso de las murallas en la Mesopotamia del I milenio a. C. son de especial interés las contribuciones de Laura Battini sobre dos de las grandes capitales de la época: Dur-Šarrukin y Babilonia. En el primero de sus trabajos, trata una cuestión novedosa, a saber: el uso de la arquitectura defensiva en favor de la ideología. La política defensiva de los reyes asirios coincide con la protección de las ciudades de acuerdo a criterios que no son propiamente estratégicos o militares, sino que responden al grado de importancia política, religiosa o económica de las mismas. La pérdida de las proporciones humanas y de funcionalidad en la fortificación de Dur-Šarrukin, en Asiria, con unas dimensiones colosales, encerraba un mensaje simbólico de propaganda del nuevo poder del rey y su fuerza. Una muralla de 24 m de ancho muestra unas dimensiones que exigían un precio elevado, un trabajo considerable, para responder solo a razones de tipo militar. Se buscaba un efecto de monumentalidad para impresionar a los potenciales enemigos (Battini, 1996). En esta misma línea, se ha expresado en fechas más recientes Dirk P. Mielke (2012). En sus investigaciones sobre las fortificaciones de las megaciudades de Oriente Próximo (Babilonia, Nínive, Dur-Šarrukin, Asur, Hattuša, etcétera) considera que, además de ser la respuesta social a posibles amenazas y al desarrollo de la capacidad amamentística, tras ellas subyace el poder y la grandeza que conllevaba su construcción. En un segundo artículo, Battini (1997) analiza de forma pormenorizada el sistema de defensa, interior y exterior, de la capital babilónica a partir de los datos de las excavaciones alemanas de comienzos del siglo XX. Plantea un debate ineludible, y todavía no abordado con la necesaria profundidad, sobre la complejidad de las murallas de Babilonia a la hora de hacer una restitución coherente y funcional de las mismas.

Tres tesis doctorales, defendidas en fechas recientes, han contribuido de forma notable a sistematizar y renovar la investigación sobre la arquitectura defensiva en el Próximo Oriente antiguo. Entre ellas destaca, en primer lugar, la de Aaron Burke (2008) sobre las fortificaciones del Bronce Medio en el Levante oriental. Partiendo del análisis de la documentación arqueológica, estudia, dentro del marco temporal situado ca. 2500-1500 a. C., los siguientes aspectos, a saber: el armamento y el arte de la guerra, las fortificaciones (materiales constructivos, elementos arquitectónicos, territorio y evolución), la historia de la guerra, las estrategias de defensa y organización política, y el impacto socio-económico de la construcción de fortificaciones. Incluye su trabajo un minucioso catálogo de asentamientos fortificados del Bronce Medio en el Levante y en el noroeste de Mesopotamia (Mari y Terqa, entre otros).

La segunda tesis publicada es la de Sébastien Rey (2012) sobre la poliarcética o el arte de la toma y defensa de ciudades en el Próximo Oriente en la Edad del Bronce. A partir de la documentación arqueológica (en particular de las ciudades de Mari, Terqa, Ebla, Megiddo y Haradum), epigráfica (archivo de Mari) e iconográfica (relieves y pinturas egipcias de “ciudades asiáticas”), el autor analiza las fortificaciones urbanas, las técnicas de asedio y los sistemas defensivos de la Mesopotamia septentrional y del Levante para estudiar su evolución durante el período situado entre el 3000 y 1200 a. C. Propone, de acuerdo con un estudio estadístico basado en el análisis de más de cuatrocientos yacimientos

arqueológicos, una tipología de cinco categorías de ciudades fortificadas: ciudades con doble recinto, ciudades fortificadas con ciudadela, ciudades de recinto simple, ciudades abiertas ligadas a una fortaleza y, por último, plazas fortificadas.

La tercera la tesis doctoral, en este caso inédita, es la del arqueólogo iraquí Kadim Hasson Hnaihén (2020), defendida en la Universidad de Almería, sobre la arquitectura defensiva de adobe en Mesopotamia entre el final del Bronce Antiguo y los inicios de la Edad del Hierro. Además de incorporar a su estudio yacimientos mesopotámicos poco conocidos, excavados por la Dirección General de Antigüedades de Bagdad y publicados originalmente en árabe, realiza una propuesta teórica original para calcular el material necesario, el número de trabajadores y el tiempo empleado para construir un m<sup>3</sup> de una muralla, según el formato de los adobes.

Finalmente, cabe señalar dos trabajos de referencia de Jean Margueron. El primero de ellos es un artículo sobre los orígenes de la arquitectura militar en Mesopotamia (Margueron, 2011). Su análisis de la documentación arqueológica parte del Neolítico (Jericó, Çatal Hüyük, Tell es-Sawwan, etcétera) y se detiene en las primeras ciudades del Éufrates sirio y del Habur (Mašnaqa, Habuba Kabira, Yebel Aruda, Šeih Hassan, Terqa y Mari). El segundo es un capítulo incluido en su obra sobre el urbanismo en el Próximo Oriente antiguo, que dedica a la protección de la ciudad (recintos, murallas y fortalezas). Se trata de una excelente síntesis sobre los diferentes medios de defensa utilizados en el área sirio-mesopotámica: el muro, las torres, los terraplenes, el foso, las puertas, etcétera (Margueron, 2013: 493-510).

Para el estudio de las fortificaciones en Mesopotamia, el investigador dispone de varios tipos de fuentes documentales, que por su diferente naturaleza requieren de su propia metodología de estudio. La documentación arqueológica es, sin duda, la más importante y la que posee, a la vez, las principales limitaciones. La mayor parte de las grandes ciudades mesopotámicas fueron excavadas entre 1842 y 1939 con una metodología propia del momento que, por otro lado, priorizaba la excavación de los grandes edificios (palacios y templos, sobre todo) y marginaba, en general, construcciones como las murallas. La aproximación metodológica no se fundamentaba en la búsqueda y la comprensión integral de las ciudades fundadas junto al Éufrates y el Tigris. Excavar las grandes construcciones no era excavar la ciudad como una unidad cohesionada e indisoluble. A este problema metodológico hay que añadir también la deficiente conservación de arquitecturas, que fueron levantadas íntegramente en tierra (adobe y ladrillo) y que han sufrido, en muchos casos, fuertes procesos de erosión y destrucción debido a su fragilidad. El deficiente estado de conservación de estas construcciones dificulta sobremanera la tarea de reconstrucción por parte de los arqueólogos. Otra dificultad, no menor, es el hecho de que estas antiguas ciudades solo fueron excavadas parcialmente, debido a sus grandes dimensiones. Un buen ejemplo es el de Babilonia. Del período neobabilónico se calcula que se ha excavado únicamente el 3 % de la ciudad (Pedersén, 2011), y en el caso del recinto defensivo exterior no se ha exhumado ni un solo centímetro del sector occidental del mismo, es decir, de la muralla situada al otro lado del río Éufrates (van Ess, 2008).

En cuanto a las fuentes cuneiformes, hay que indicar que, en general, contienen poca información sobre la ciudad en Mesopotamia (llamada *uru* en sumerio y *âlum* en acadio), su fundación, su construcción, su planificación y diseño, sus murallas, etcétera. Los textos suelen hablar de la ciudad mesopotámica cuando el protagonista es un dios, un rey, o ambos a la vez. Normalmente, las referencias textuales tienen su origen en los procesos de fundación o refundación, de conquista y de destrucción. En relación con los sistemas de defensa, las tablillas cuneiformes nos aportan algunos datos sobre los tipos de muralla y de otros elementos defensivos, el nombre propio que recibían las murallas y sus puertas, o el nombre con el que fueron bautizadas las ciudades-fortaleza.

### 3. EL REY: CONSTRUCTOR Y DESTRUCTOR DE CIUDADES AMURALLADAS

La fundación de ciudades era una prerrogativa del soberano mesopotámico, que normalmente se materializaba con la construcción de la muralla protectora. Al respecto, en la tablilla I del Poema de Gilgameš se puede leer lo siguiente: “Gilgameš: (...) Mandó construir la muralla de Uruk, el Corral (...) ¡Contempla sus muros como trazados a cuerda! ¡Mira sus contrafuertes, que nadie imitará! (...) ¡Sube a la muralla de Uruk, pásate por ella; examina los fundamentos, fíjate en la obra de ladrillería! ¡A ver si esa obra no es de ladrillo cocido; y si sus cimientos no los echaron los Siete Sabios! (Sanmartín, 2018: 95-96). En la llamada “Estela votiva de Ur-Nanše”, el rey sumerio se vanagloria de haber construido los santuarios de las principales divinidades de su reino y la muralla de su ciudad, Lagaš (ca. 2500 a. C.). Ur-Nanše aparece, además, representado en el relieve como constructor, portando sobre su cabeza un capazo lleno de adobes (Thomas dir., 2016: 283-284). Este rol del rey constructor continuó representándose en Mesopotamia hasta el I milenio a. C. (Azara dir. 2000: 189). De igual manera, el rey Yahdun-Lim (finales del siglo XIX a. C.) afirma en una inscripción (Sollberger, Kupper, 1971: 244) haber construido la muralla de Mari y de Terqa, y fundado una ciudad de nueva planta, dotada de muralla, foso y canal, a la que bautizó con el nombre de Dur-Yahdun-Lim, de localización incierta al norte de Mari (Montero Fenollós, 2019).

Las ciudades, siempre protegidas por un sistema defensivo, fueron fundadas por los monarcas mesopotámicos a petición de los grandes dioses. Tukulti-Ninurta I construyó por orden de Assur una nueva ciudad en el Tigris, donde erigió una nueva morada para el dios nacional de los asirios a la que llamó Kar-Tukulti-Ninurta (Chavalas ed. 2006: 155). De igual manera, por inspiración divina, el rey asirio Sargón II levantó la ciudad de Dur-Šarrukin a finales del siglo VIII a. C., que estaba fuertemente defendida por una muralla colosal de 24 m de ancho (Lackenbacher, 2001: 70).

Era una práctica tradicional entre los soberanos mesopotámicos bautizar con un nombre propio los enclaves o puertos comerciales (llamados *kârum* en acadio) y las plazas fuertes (denominadas *dûrum* en acadio) fundadas durante su reinado. La posibilidad era doble: bien se optaba por el nombre de un dios, bien el rey fundador imponía el suyo propio. El objetivo en el segundo caso era el de inmortalizar el nombre del soberano y su papel como promotor de la vida urbana y de la civilización a través de la fundación de asentamientos amurallados en tierras deshabitadas. He aquí algunos ejemplos de fortalezas denominadas según esta tradición: Dur-Adad, Dur-Enlil, Dur-Šamaš, Dur-Sin, Dur-Šulgi, Dur-Kurigalzu, Dur-Yaddum-Lim, Dur-Šarrukin, etc. (RIA, 2, 1938: 241-254).

Junto a la función de constructor y promotor de ciudades, el rey mesopotámico desempeñó el papel contrario, esto es: el de destructor de ciudades enemigas y rivales. Tenía, por un lado, una capacidad civilizadora y creadora de orden mediante la fundación de ciudades y, por otro, conquistadora y creadora de caos con la finalidad de generar un nuevo orden mediante el proceso de reconstrucción y refundación del enclave sometido.

La forma habitual de mostrar la toma de una ciudad por el rey de otra era destruir su sistema de defensa. De muestra, un par de ejemplos. Senaquerib colocó a su propio hijo Assur-nadin-šumi en el trono de Babilonia entre el 699 y el 694 a. C. Pese al sólido dominio asirio, los babilonios se sublevaron una vez más y consiguieron deponer al virrey, que fue entregado a los elamitas. La venganza por esta traición fue terrible y marcó un hito dentro de la historia de Babilonia. El monarca asirio, enfurecido por el asesinato de su primogénito, arrasó la ciudad en el año 689 a. C. La brutal destrucción de Babilonia se escenificó en la de sus murallas y sus templos principales (Chavalas ed. 2006: 349). El asedio y la conquista de la ciudad elamita de Hamanu, en Irán, por el rey Assurbanipal están representados en un bajorrelieve del palacio septentrional de Nínive de la manera que sigue: los soldados

asirios, situados en la parte superior de la muralla, se afanan con sus picos para desmontar los adobes que conforman el muro defensivo de la ciudad (Nadali, 2007: 64-65). En Mesopotamia, destruir murallas era sinónimo de conquistar ciudades.

#### 4. PRIMERAS MURALLAS: DE JERICÓ A MARI

Tradicionalmente, se ha interpretado la torre de Jericó (hoy Tell es-Sultan), en Palestina, datada en el Neolítico Precerámico A, como el ejemplo más antiguo de un sistema de defensa construido por el hombre. Se trata de una construcción de piedra, de planta circular y una altura conservada de casi 9 m, que estaba asociada a un muro de 2 metros de ancho (Kenyon, 1963: 37). ¿Nos hallamos realmente ante una torre con valor defensivo? No es norma habitual en la arquitectura militar que una edificación de este tipo se levante alejada del muro defensivo, es decir, en el interior del asentamiento. Lo lógico es que estuviera situada en una posición avanzada con respecto a la muralla para que sus defensores pudieran impedir a los atacantes aproximarse y escalarla. Esta torre, que estaba rodeada por una serie de silos, permitía controlar visualmente el manantial de agua localizado al oeste del hábitat (Nigro, 2015: 6). Esto hace pensar que realmente no estamos ante una obra defensiva, en sentido estricto, sino ante una torre de vigía, una construcción colectiva excepcional erigida para proteger los recursos económicos de la comunidad, como eran el cereal almacenado y el agua. En cualquier caso, la presencia de esta torre y de un muro de piedra con un supuesto valor de defensa, no son argumentos suficientes para interpretar este asentamiento neolítico como una ciudad (Kenyon, 1963: 51). La célebre torre de Jericó es un monumento único, que continúa siendo un enigma en lo que se refiere a su función.

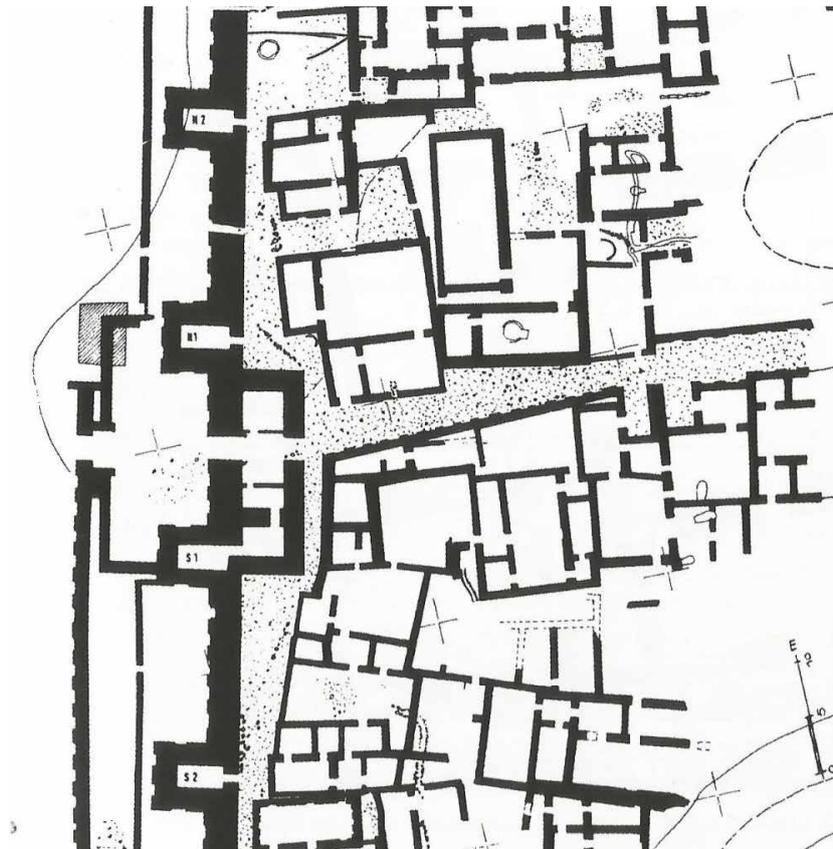
Fue en la segunda mitad del IV milenio a. C. cuando tuvo lugar en el Próximo Oriente la sustitución del modo de vida propio de las aldeas neolíticas por una nueva organización económica, política y social. El nacimiento de la ciudad y de su nuevo modelo hay que vincularlo a la expansión territorial de la cultura de Uruk (Calcolítico Reciente 4-5) por Siria, Anatolia e Irán partiendo desde la Mesopotamia meridional. Convencionalmente, se habla de Uruk, en el país de Sumer, como la primera ciudad (Liverani, 2006), si es que en realidad llegó a existir alguna vez una “urbe primigenia”. Una ciudad ni sabría ni podría existir sola, pues necesariamente formaba parte de un sistema o una red. Las excavaciones de Uruk nos informan bien sobre la arquitectura monumental de la ciudad (edificios tripartitos), pero apenas lo hacen sobre el sistema de defensa fundacional. Recientes prospecciones magnéticas realizadas en el yacimiento muestran que el complejo defensivo tuvo 40 m de ancho en total e incluía un muro revestido de ladrillo con un espesor de 9 m (Becker, van Ess, Fassbinder, 2019).

La contribución de Uruk al nacimiento y a la difusión de la primera urbanización en la cuenca sirio-mesopotámica fue fundamental. Habuba Kabira, en el Medio Éufrates septentrional, es la primera ciudad nueva de planta ortogonal hallada hasta la fecha, que nos muestra un urbanismo y una cultura material de rasgos urukeos, es decir, exportados desde la Mesopotamia meridional con la llegada de verdaderos colonos (Butterlin, 2016: 168): implantación geométrica (planta rectangular), un sistema complejo de defensa (muralla con torres), jerarquización de la red viaria (calles longitudinales y transversales), existencia de un polo central (centro político-religioso) y cultura material estandarizada (cuencos con borde biselado). La ciudad fue construida en una sola gran operación ca. 3100 a. C.

Habuba Kabira, en Siria, estaba delimitada por un recinto amurallado muy elaborado del que se han excavado los lados norte y oeste (figura 1). El muro de adobe tenía un espesor de 3'30 m y estaba provisto de torres (de 5'50 de largo), instaladas cada 13'50 m, que contaban con un pequeño espacio interno para acoger con toda probabilidad una escalera. Un muro menor, de 1 m de ancho, precedía en 2 m al anterior. El espacio

entre ambos estaba relleno de cantos rodados y grava de origen fluvial para favorecer la evacuación de las aguas hacia el exterior al crear un espacio absorbente que impidiera su estancamiento (Margueron, 2013: 243-249). Se ha propuesto una altura de 8-9 m para esta muralla, que contaría con un camino de ronda dotado de un parapeto (Margueron, 2011: 27). Se conocen dos puertas de la ciudad en el lado occidental, flanqueadas por torres. El acceso a una de ellas, la llamada “puerta de Qannas”, estaba protegido por otro muro que precedía al recinto defensivo (Margueron, 2013: 247).

**Figura 1.** Plano de parte de la muralla y de la Puerta de Qannas de la ciudad urukea de Habuba Kabira, Siria



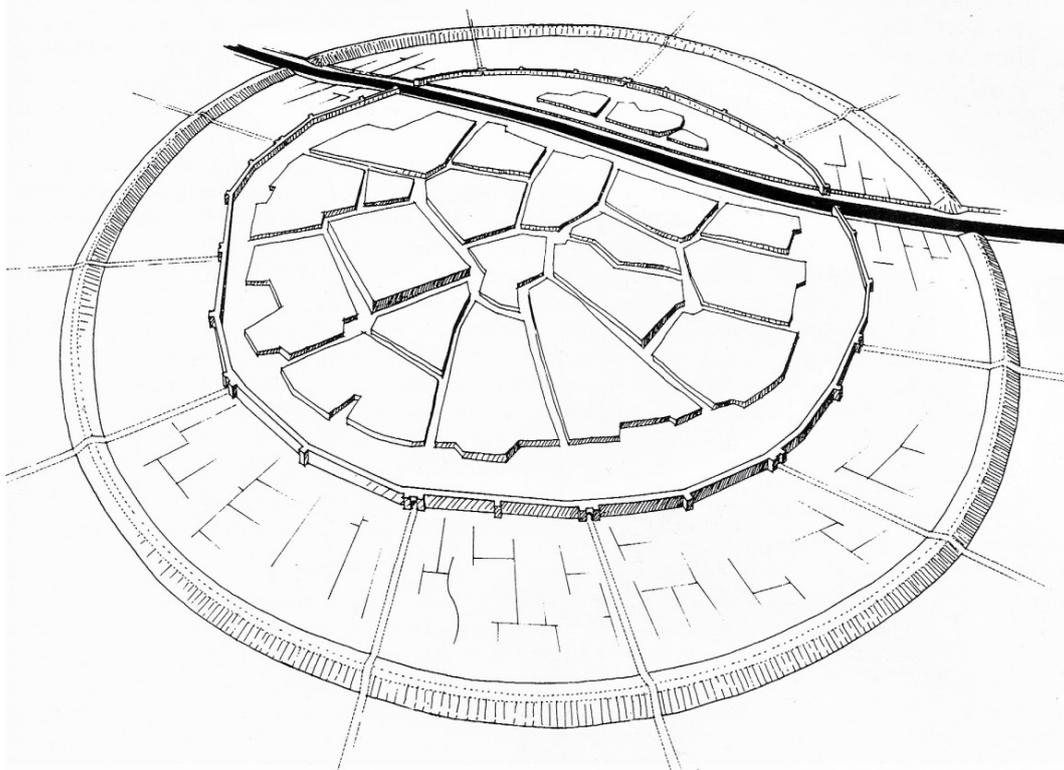
Fuente: Ludwig, 1980

Hacia el 3300-3000 a. C., el fenómeno urbano ya estaba bien definido en Mesopotamia. Menos de un siglo después, la ciudad de Mari fue fundada *ex nihilo* en el Medio Éufrates meridional. Hacia 2900 a. C., Mari aparece como la consecuencia de la reorganización del poblamiento en el área sirio-mesopotámica tras el enigmático final del mundo urukeo. La ciudad fue el resultado de una política nueva de acondicionamiento del territorio concebida por una ideología, que tenía conciencia clara de la geografía y de las fuerzas económicas en juego en el momento de su fundación. Las investigaciones arqueológicas en el yacimiento de Tell Hariri, en Siria, han permitido distinguir tres grandes períodos urbanos (Margueron, 2004): Mari I (ciudad fundacional, ca. 2900-2700 a. C.), Mari II (ciudad de la época final de las Dinastías Arcaicas e Imperio de Akkad, ca. 2500-2250 a. C.) y Mari III (ciudad de los Šakkanakku y la dinastía amorrea, ca. 2200-1760 a. C.).

Desde su fundación, la ciudad de Mari (figura 2) contó con dos líneas de defensa (exterior e interior), que van a perdurar, con distintas modificaciones, durante toda su

historia (Margueron, 2011: 31-34). El recinto exterior traza una línea circular de 1 900 m de diámetro. Los fundadores construyeron, en primer lugar, un dique formado por un muro de piedra revestido con un manto de arcilla sobre el que luego se levantó un muro de 1'90 m de ancho. Tras reforzar el dique, este muro fue reconstruido durante la ciudad II. La última intervención tuvo lugar en los inicios de los Šakkanakku (ciudad III), que van a transformar el dique y su muro en una verdadera muralla con contrafuertes de 9-10 m de espesor, que se completó a inicios del siglo XVIII a. C. con la construcción de un glacis o terraplén interior hecho con grava fluvial.

**Figura 2.** Plano de la ciudad I de Mari y sus dos líneas defensivas, dique exterior y muralla interior



Fuente: Margueron, 2014

La segunda línea defensiva o recinto interior se levantó, desde la ciudad I, a 300 m de la primera. Es la que delimita la ciudad propiamente dicha en un espacio poligonal (casi circular) de 1 300 m de diámetro. Esta muralla urbana estaba formada por un zócalo de grandes piedras sobre el que se levantaba un muro de adobe de 6 m de espesor y provisto de torres de 11 m de fachada. Una de las puertas excavadas de este recinto, situada al final de la Gran Vía, seguía el esquema típico de dos accesos separados por una pequeña habitación (puerta de “tenaille saillante” en francés), que sobresalía 25 m. Durante la ciudad II el sistema no sufrió prácticamente modificaciones, a diferencia de la ciudad III, cuyos constructores aumentaron el ancho de la muralla hasta alcanzar los 10 m.

Los datos arqueológicos muestran que las tres ciudades de Mari (2900-1760 a. C.) mantuvieron a lo largo de más de un milenio el mismo trazado del sistema de defensa, aunque se introdujeron modificaciones de diferente envergadura. Recientemente, se ha propuesto un posible trazado elíptico y no circular para el recinto interior de Mari a partir de los Šakkanakku (ciudad III) (Butterlin, 2020: 269-270).

¿Cómo explicar los cambios documentados en los recintos defensivos de la ciudad de Mari? Se trata, evidentemente, de la respuesta a cambios en la capacidad ofensiva de sus enemigos y, por tanto, en el arte de la guerra. Durante las ciudades I y II, la línea exterior (dique y muro de 1'90 m) funcionó más como barrera para proteger Mari contra eventuales inundaciones y dificultar el acceso a la ciudad propiamente dicha que como una verdadera muralla. Probablemente, la presión de las tribus amorreas a finales del III milenio a. C. pudo ser la razón por la que los Šakkanakku transformaran su muro simple en un grueso muro con contrafuertes. La segunda intervención fue la construcción de un terraplén de grava, que pudo alcanzar los 10 m de altura, contra la cara interior de la muralla externa en la etapa final de la ciudad. El objetivo era el de reforzar el espesor del recinto para contrarrestar la técnica de zapa, pues en caso de que el enemigo lograra excavar un túnel en el muro de adobe la gran masa de grava del glacis se hundiría y bloquearía el túnel de acceso a la ciudad. El asedio de ciudades era un tipo de enfrentamiento armado muy practicado en los inicios del II milenio a. C. en Mesopotamia. Rampas, torres y arietes están bien documentados en los textos del archivo de Mari (Vidal, 2012). Por otro lado, la separación de 300 m que había entre las dos líneas de defensa de la urbe mariota no parece casual. Desde finales del IV milenio a. C. tenemos constancia, gracias a la documentación iconográfica (relieves y glíptica), del uso en la guerra del arco compuesto en Mesopotamia (Collon, 2008), cuya eficacia se estima elevada en la distancia que separaba los dos recintos de la ciudad de Mari (Margueron, 2004: 140). En los textos de Mari el arco compuesto, identificado con el sustantivo *tilpânum*, está bien presente en el ejército del rey Zimrí-Lim (Abrahami, 1997).

El sistema defensivo de Mari fue una obra extraordinaria, como lo demuestran algunas cifras. Para un tramo de un metro de largo de la muralla de la ciudad III (de 10 m de ancho) fue necesario fabricar y colocar en el muro unos cinco mil adobes. Esto significa que en la totalidad del recinto interior (de 3'14 km) se debieron usar nada menos que: ¡1.570.000.000 adobes! (Margueron, 2014: 42). Por su parte, para la construcción del terraplén de la línea exterior se ha estimado que la dinastía amorrea debió emplear más de ocho años, suponiendo que se emplearan mil burros de carga por día de forma permanente para obtener la grava necesaria de las terrazas fluviales cercanas a Mari (Margueron, 2014: 42).

Además de la tierra, el otro material empleado en la construcción de las murallas de Mari fue la piedra. En el alma del dique exterior, a lo largo de sus 6 km de perímetro, se estima que fueron necesarios 12 000 m<sup>3</sup> de piedra. En la muralla interior, una evaluación precisa del volumen de piedra utilizado en sus cimientos es imposible por las irregularidades observadas en las zonas que han sido excavadas. Al menos para el tramo de 11 m de largo, documentado en el sector J-1 de la excavación, se ha calculado una cantidad de piedra superior a 150 m<sup>3</sup> (Margueron, 2009: 20). Los bloques de piedra, tallados de forma tosca, proceden del yeso que formaba la meseta en la que el río Éufrates se encaja. Con toda probabilidad fue traída de la excavación de un tramo del canal de navegación situado frente a la ciudad de Terqa, a unos 60 km de Mari (Margueron, 2009: 23-24).

## 5. FORTIFICACIONES: UNA TIPOLOGÍA TEXTUAL

De acuerdo con la terminología usada en los archivos Mari, era frecuente que las aglomeraciones urbanas estuvieran divididas en dos partes: *adaššum* y *kirḫum* (Durand, 1998: 290-293). El primer vocablo hacía referencia a la “ciudad baja”, mientras que el segundo ha sido traducido como “ciudad alta”, “acrópolis” o “ciudadela o área fortificada dentro de una ciudad” (Durand, 1998: 291-292; CAD, K: 404).

Conocemos dos términos en lengua acadia usados por los escribas para describir dos tipos distintos de construcción defensiva, *dûrum* y *šalḫûm*, que generalmente se traducen como “muro interior” (o “muro fortificado de una ciudad o fortaleza”) y “muro exterior”,

respectivamente (Sasson, 1969: 4; CAD, D: 192 y Š.1: 243). La traducción es, a todas luces, vaga. Al amparo de las evidencias arqueológicas, proponemos traducir el primero por “muralla o línea defensiva” y el segundo por “antemuralla o muro de refuerzo”. En algunas ciudades, el *dûrum* y el *šalḥûm* funcionaron como un sistema defensivo único y coherente, en el que el segundo encerraba, rodeaba y reforzaba al primero y, por tanto, lo complementaba. Un buen ejemplo es el recinto interior de la ciudad de Babilonia, que analizaremos más adelante.

En Mari, las ciudades baja y alta estaban separadas por el *dûrum qablûm* o “muralla del medio”. La ciudad baja estaba delimitada por la “gran muralla”, *bàd<sup>ki</sup> gal* o *dûrum rabûm* (Rey, 2012: 19). Más allá de la línea exterior, se hallaba el *kîdum* o campo abierto extramuros (Margueron, 2014: 44; CAD, K: 110). El rey mariota Yahdun-Lim en una inscripción manifiesta haber excavado los fosos de las murallas de Terqa, Mari y Dur-Yahdun-Lim. De la existencia de este tipo de foso con valor defensivo, llamado *ḥirîtum* en los archivos de Mari, que podía estar inundado (Abrahami, 1997), solo tenemos pruebas textuales. Las murallas del II milenio a. C. estaban habitualmente robustecidas en su cara interior con terraplenes o glacis de tierra y grava. En Mari, el término *eperum* (literalmente “tierra suelta”) se puede poner en relación bien con este tipo de elementos de refuerzo defensivo, bien con rampas para dar acceso a la parte superior de un muro (Abrahami, 1997; Durand, 1998: 295).

## 6. LAS MURALLAS DE BABILONIA: APOTEOSIS DE UNA CIVILIZACIÓN

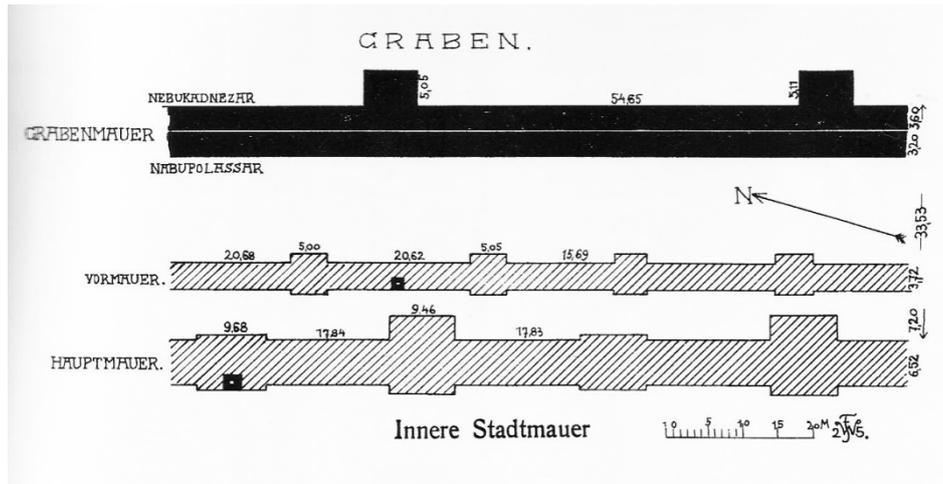
Las primeras referencias escritas a la muralla de Babilonia pertenecen a varios reyes de la Iª dinastía de la ciudad. En el siglo XIX a. C. fueron construidas dos murallas (George, 1992: 18). La primera, llamada “gran muralla”, fue iniciada por Sumuabum en el año de su ascensión al trono de Babilonia (en el 1894 a. C.), y fue reconstruida o completada dieciocho años más tarde por Sumulael. Posteriormente, Apil-Sîn (1830-1813 a. C.) construyó un segundo recinto, a juzgar por su nombre, la “nueva muralla”. Esta impresionante obra defensiva sufrió diversas reconstrucciones durante los períodos subsiguientes: el kasita, la II dinastía de Isin, la dominación asiria, la dinastía neobabilónica y la conquista aqueménida (George, 1992: 343-349). Esta impresionante construcción es un fiel reflejo de la dilatada y convulsa historia de la capital babilónica. Por esta razón, el plano de las murallas de Babilonia publicado por los arqueólogos alemanes, como correspondiente al siglo VI a. C., debe ser utilizado con mucha precaución. Es el resultado de un complejo proceso de construcciones y reconstrucciones, que se prolongó durante un largo período de tiempo (Wetzel, 1969).

La ciudad de Babilonia estaba protegida por lo que hoy denominamos el recinto interior, un sistema defensivo de dos muros, de planta aproximadamente rectangular (de 1'5 por 2'5 km; 375 ha), que solo conocemos de forma parcial en el sector situado al este del Éufrates. Según las excavaciones alemanas (figura 3), el primero de los muros (el interior) estaba construido con adobe y tenía un espesor de 6'52 m. Había sido reforzado con torres, dispuestas de forma alternativa (una grande y, a continuación, uno más pequeña), construidas a una distancia más o menos repetitiva (entre 15 y 18 m). Las torres tenían forma rectangular y se avanzaban tanto al interior (las pequeñas 0'70 m y las grandes 1'40 m) como al exterior del muro (las pequeñas 0'70 m y las grandes 3'50 m). La longitud podía variar entre 9'4 y 8'6 m (Wetzel, 1969). El segundo muro de adobe (el exterior), construido a 7'20 m del anterior, tenía un espesor de 3'72 m. Estaba provisto de torres de dos tipos, que se sucedían alternativamente a intervalos regulares de 20 m máximo. Las torres grandes tenían 4'8-5'2 m de ancho y las pequeñas 4'2-4'8 M (Wetzel, 1969).

En el espacio intermedio que separaba ambos muros fueron hallados entre los escombros, pero no *in situ*, varios cilindros cuneiformes de fundación que hacen referencia

a dos muros de la ciudad de Babilonia (Koldewey 1914: 151-153), denominados Imgur-Enlil (“Enlil ha dicho sí” o “Enlil ha mostrado su favor”) y Nimetti-Enlil (“Soporte de Enlil” o simplemente “Muralla de Enlil”). En la actualidad, se da por aceptado que el muro más ancho era el Imgur-Enlil y el más estrecho era el Nimetti-Enlil. Estas dos denominaciones fueron usadas por los babilonios, al menos desde finales de la dinastía kasita y la II dinastía de Isin (ca. 1150 a. C.), para ensalzar a Enlil, la divinidad suprema del panteón mesopotámico, y recordar su sede, la ciudad de Nippur (George 1992: 67, 343-344 y 350).

**Figura 3.** Detalle de la planta de los tres muros del recinto interior de Babilonia



Fuente: Wetzel, 1969

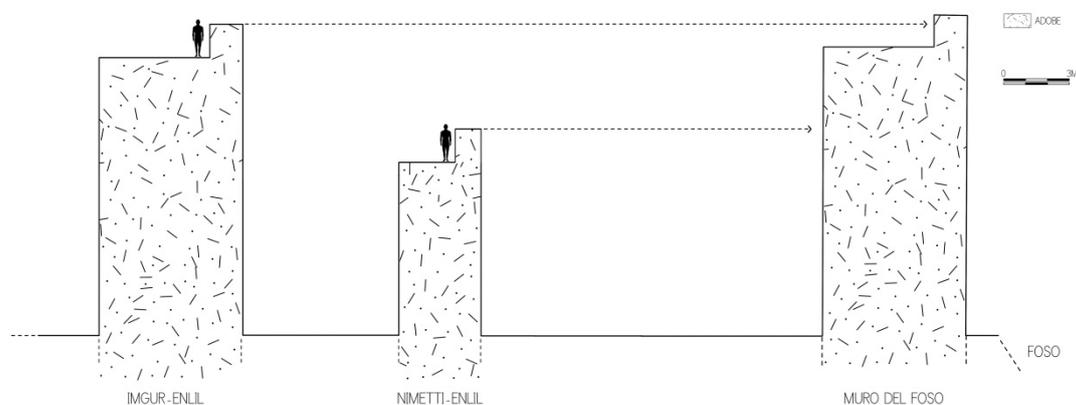
De acuerdo con los planos arqueológicos de la ciudad, este sistema de defensa interior se completó con un tercer muro (situado a 15'80 m del anterior) y un foso de 80 m de ancho. Tanto el foso como el muro de adobes cocidos que lo protegía fueron construidos en tiempos de Nabopolasar y Nabucodonosor II (George 1992: 347). El muro tenía 6'80 m de espesor en su estadio final y estaba equipado con torres cada 50 m aproximadamente. Estas torres tenían una anchura de 7'50 m y sobresalían al exterior 5 m (Wetzel, 1969).

En lo referente a la reconstrucción de las murallas de Babilonia y su sistema de funcionamiento, nos tenemos que mover en el campo de las hipótesis. Uno de los primeros problemas a resolver es calcular su verdadera envergadura, en particular, cuál fue su altura. Según algunos estudios de arquitectura, la relación entre la altura y el espesor de un muro de tierra con desgrasante (tipo tapial) o de adobe puede ser superior a 10. Pero las dimensiones de un muro dependen también de la técnica constructiva y de las tensiones propias de la construcción de la que forma parte (Houben, Guillaud 2006: 254). De acuerdo con el plano de la excavación, en el sector meridional de la muralla interior, junto a la llamada torre 9, el muro interior conservaba aún una altura de 12'77 m y el muro exterior de 6'51 m (Wetzel, 1969). Así mismo, el muro de la Vía Procesional, que antecedió a la puerta de Ištar, tenía una altura conservada de 12'50 m y un espesor de 7 m. En virtud de estos datos, una relación entre el espesor y la altura de los muros de 1/2 nos parece teóricamente la más adecuada para una ciudad construida en tierra como Babilonia (Battini, 1997: 41). De acuerdo con esta proporción, la altura máxima aproximada del muro del foso podría haber sido de 14-15 m, la del muro intermedio de 8-9 m, y la del muro interior de 13-14 m.

Esta hipótesis de reconstrucción da lugar, sin embargo, a una anomalía. La mayor altura del muro del foso limitaría la visibilidad, tanto a media como a larga distancia, de

los soldados apostados sobre los otros dos muros (figura 4). Para resolver este problema, parece lógico pensar que el muro del foso sería más bajo (Wetzel, 1969: 7). La cuestión es mucho más compleja. La clave reside en averiguar cuál fue la relación temporal y funcional entre los tres muros hoy dibujados en un mismo plano de excavación. El muro con el foso fue obra de Nabopolasar y Nabucodonosor II, puesto que no aparece mencionado en textos más antiguos (George, 1992: 347). Se trata, por tanto, de un nuevo muro construido entre los siglos VII y VI a. C. para mejorar o incluso reemplazar, al menos en parte, el viejo sistema de defensa de la ciudad interior. El mismo rey Nabopolasar afirma en una inscripción que con el paso del tiempo el *Imgur-Enlil* estaba débil y arruinado, a causa de la lluvia y las tormentas, por lo que decidió iniciar su reconstrucción (al-Rawi 1985: 6).

**Figura 4.** Problema de visibilidad que provocaría la reconstrucción tradicional e individual de los muros del recinto interior de Babilonia: *Imgur-Enlil*, *Nimetti-Enlil* y Muro del foso



Fuente: J. L. Montero y A. García

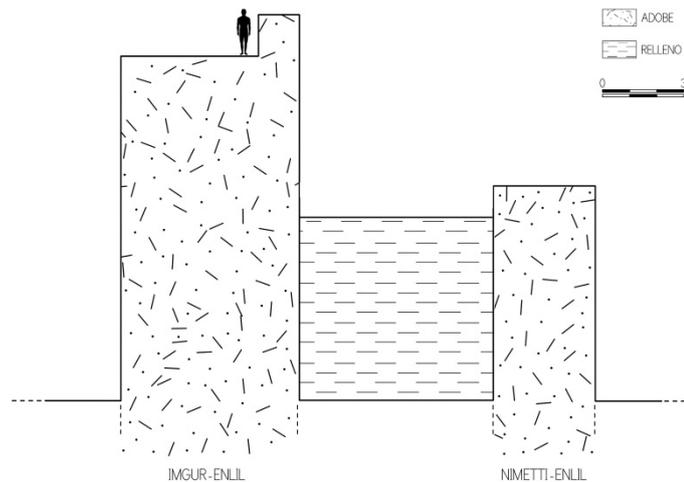
Desde la Antigüedad clásica se ha especulado sobre las verdaderas dimensiones de las murallas de Babilonia (Reade, 2008: 113-117). En la actualidad, tanto arqueólogos como historiadores han interpretado habitualmente el *Imgur-Enlil* y el *Nimetti-Enlil* como dos muros del recinto interior de Babilonia, que funcionaban de forma autónoma e independiente. Como hemos visto, en los textos cuneiformes se utilizaron dos sustantivos acadios distintos para precisar la naturaleza de cada uno de estos muros. Así, vemos que el *Imgur-Enlil* era definido como *dûrum* y el *Nimetti-Enlil* como *šalḫûm* (George, 1992: 67 y 345).

Una carta del archivo amorreo del palacio de Mari nos puede dar la clave para la correcta comprensión de ambos conceptos. Se trata de un texto cuneiforme donde Bahdî-Lîm, un gobernador de la corte, informa a Zimrî-Lim (1774-1762 a. C.), rey de Mari, sobre las defensas de la ciudad de Karanâ en los siguientes términos: “le mur (*dûrum*) est entouré (*lawûm*) par un glacis (*šulḫûm*) [...]” (Durand, 1998: 256). Más que un simple “muro exterior”, *šulḫûm* o *šalḫûm* debía ser una construcción de refuerzo o de apoyo de la muralla propiamente dicha (*dûrum*) de la ciudad. No hay, sin embargo, consenso a la hora de identificar este concepto con una realidad constructiva en el campo de la poliorcética del Oriente Próximo antiguo. Ha sido traducido al francés como “glacis”, “muro de contención”, “muro de refuerzo” o “ante-muro” (Durand, 1997: 301; 1998: 257; Rey, 2012: 108-109).

A la luz de estos datos, consideramos necesario explorar la posibilidad de que los dos muros del recinto interior de Babilonia hayan podido funcionar como una sola muralla de más de 17 m de espesor total. La propuesta sería la siguiente: la muralla propiamente dicha

(*dûrum*), de 6'52 m de ancho, sería el Imgur-Enlil; y una especie de muro de refuerzo o de defensa (*šalhûm*), de 3'72 m de ancho, sería el Nimetti-Enlil. Este muro estaba destinado a contener los empujes de la tierra, que rellenaba el espacio intermedio de 7'20 m situado entre los ambos muros. Podría tratarse de un relleno en capas horizontales para que sirviera también de camino de ronda entre las distintas puertas de la ciudad (figura 5).

**Figura 5.** Nueva propuesta de reconstrucción de los muros Imgur-Enlil y Nimetti-Enlil como una única muralla de 17 m de ancho aproximadamente



Fuente: J. L. Montero y A. García

Presentamos, a continuación, una tabla recapitulativa de esta nueva hipótesis con los elementos que formarían la muralla interior de Babilonia:

Nombre	Datos arqueológicos (ancho)	Datos textuales	Traducción
Imgur-Enlil	6,52 m	<i>dûrum</i>	Muralla
Nimetti-Enlil	3,72 m	<i>šalhûm</i>	Antemuro
“Espacio y relleno intermuros”	7,20 m	?	?
	Total: 17,44 m		

Un recinto fortificado de este tipo representaría una defensa eficaz para evitar que el enemigo pudiera pasar fácilmente por debajo o través del muro mediante las técnicas y los ingenios de zapa. Hay otros datos que apoyan esta hipótesis. El espacio intermedio entre los dos muros en los que se abría la puerta de Ištar estaba relleno de mampostería simple, cuyas partes altas no aparecieron en las excavaciones. Por otro lado, sabemos, gracias a las excavaciones realizadas por Koldewey, que el espacio existente entre los muros del recinto exterior de Babilonia estaba relleno con cascajos y tierra. Esto daba lugar a una sola muralla de 26 m de ancho (Koldewey 1914: 1-2). Esta misma concepción constructiva se

podría extrapolar sin dificultad al recinto interior. Finalmente, hay otro dato a valorar en favor de nuestra nueva interpretación. En varios sectores del recinto interno se ha observado que el espacio libre disponible entre las torres de los dos muros identificados era de un solo metro en algunas zonas. Es un espacio muy reducido para permitir la circulación entre muros de las tropas en caso de ataque (Wetzel, 1969: taf. 35, 38 y 41).

A pesar de las limitaciones que afectan a la documentación disponible sobre las murallas de Babilonia, estamos en condiciones de defender una nueva propuesta interpretativa de las mismas. Los tres muros del recinto interior representados en un mismo plano por los arqueólogos alemanes han dado lugar a confusión, pues no son contemporáneos. Imgur-Enlil, el muro defensivo primigenio de Babilonia, y Nimetti-Enlil debieron funcionar como una única muralla de más de 17 metros de espesor total, como mínimo desde época kasita, y no como dos muros autónomos, que es lo que se afirma habitualmente. Este sistema de defensa formado por dos muros de diferente envergadura no es original de Babilonia, pues ya fue utilizado por los constructores de las primeras ciudades mesopotámicas, como vimos en Habuba Kabira. El tercer muro, el llamado muro del foso, fue construido posteriormente, en época neobabilónica, para reforzar y sustituir el viejo sistema anterior (el formado por el Imgur-Enlil y el Nimetti-Enlil). Cálculos recientes nos muestran la envergadura de esta obra al estimar que, solo para la construcción de los dos muros interiores, fueron empleados más de 125 millones de adobes y ladrillos en tiempos de los reyes Nabucodonosor II y Nabonido (Pedersén, 2021: 88).

## 7. CONCLUSIÓN

La construcción de ciudades en Mesopotamia era una prerrogativa del rey por mandato divino. Fundar y construir una nueva ciudad significaba crear un nuevo hábitat provisto de un sistema de protección para su población. Fortificación y ciudad eran dos ideas indisociables. Los sistemas defensivos fueron progresando y perfeccionándose desde el nacimiento de las primeras ciudades a finales del IV milenio a. C. Evidentemente, eran la respuesta con la que contrarrestar la capacidad ofensiva de los ejércitos y la evolución del arte de la guerra. El elemento de defensa básico era la muralla, un muro de adobe dotado de torres equidistantes, cuyo grosor y altura eran determinantes para frenar las técnicas de asedio. El sistema se completaba con la excavación de fosos y la construcción de terraplenes de grava en el interior. En función de su capacidad económica y militar las ciudades se dotaron de uno o dos recintos defensivos para protegerse de las agresiones externas.

## ABREVIATURAS

The Assyrian Dictionary of the Oriental Institute of the University of Chicago (CAD)  
Reallexikon der Assyriologie und Vorderasiatischen Archäologie (RIA)

## BIBLIOGRAFÍA

- Abrahami, Ph. (1997), *L'armée à Mari*, tesis doctoral, Université de Paris I (inédita).  
al-Rawi, F.N.H. (1985), "Nabopolassar's Restoration Work on the Wall Imgur-Enlil at Babylon", *Iraq*, 47, pp. 1-9.  
Aurenche, O. (dir.) (1977), *Dictionnaire illustré multilingue de l'architecture du Proche Orient Ancien*, Lyon, MOM.  
Azara, P. (dir.) (2000), *La fundación de la ciudad. Mesopotamia, Grecia y Roma*, Barcelona, CCCB.  
Battini, L. (1996), "Un exemple de propagande néoassyrienne: les défenses de Dur-Sharrukin", *CMAO*, 6, pp. 215-234.  
(1997), "Les systèmes défensifs à Babylone", *Akkadica*, 104-105, pp. 24-55.

- Becker, H., van Ess, M., Fassbinder, J. (2019), "Uruk: Urban Structures in Magnetic and Satellite Images", en *Uruk. First City of the Ancient World*, Los Angeles, Getty Museum.
- Burke, A. A. (2008), "Walled up to Heaven". *The Evolution of Middle Bronze Age Fortifications Strategies in the Levant*, Winona Lake, Eisenbrauns.
- Butterlin, P. (2016), "Villes de Mésopotamie, D'Uruk à Babylone", en *L'histoire commence en Mésopotamie*, París, Louvre, pp. 166-171.
- (2020), "Mari, une ville circulaire ordinaire?", en *Circular Cities of Early Bronze Age Syria*, Turnhout, Breplos, pp. 265-273.
- Chavalas, M. (ed.) (2006), *Historical Sources in Translation. The Ancient Near East*, Malden, Blackwell.
- Childe, V. G. (1992), *Los orígenes de la civilización*, México DF, FCE (1ª edición de 1936).
- Collon, D. (2008), "Le développement de l'arc en Mésopotamie", en *Les armées du Proche-Orient ancien (IIIe et Ier mil. av. J.-C.)*, Oxford, BAR.
- Durand, J. M. (1997), *Les documents épistolaires du palais de Mari*, tome I, París, Éditions du Cerf.
- (1998), *Les documents épistolaires du palais de Mari*, tome II, París, Éditions du Cerf.
- George, A. R. (1992), *Babylonian Topographical Texts*, Leuven, Peeters.
- Herzog, Z. (1997), "Fortifications", en *The Oxford Encyclopedia of Archaeology in the Near East*, New York-Oxford, Oxford University Press, pp. 319-326.
- Hnaihén, K. H. (2020), *The Defensive Brick Architecture in Mesopotamia from the end of Early Bronze Age to the end of Early Iron Age*, tesis doctoral, Universidad de Almería (inérita).
- Houben, H. y Guillaud, H. (2006), *Traité de construction en terre*, Marseille, Éditions Parenthèses.
- Kenyon, K. M. (1963), *Arqueología en Tierra Santa*, Barcelona, Ediciones Garriga.
- Lackenbacher, S. (2001), "Fondations assyriennes", en *Mites de fundació de ciutats al món antic (Mesopotàmia, Grècia i Roma)*, Barcelona, MAC, pp. 69-74.
- Liverani, M. (2006), *Uruk. La primera ciudad*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- (2014), *Imaginar Babel. Dos siglos de estudios sobre la ciudad oriental antigua*, Barcelona, Edicions Bellaterra.
- Ludwig (1980), "Mass, Sitte und Technik des Bauens in Habuba-Kabira Süd", en *Le Moyen Euphrate, zone de contacts et d'échanges*, Leyden, Brill, pp. 63-74.
- Margueron, J. C. (2000), "Nacimiento y fundación de ciudades en Mesopotamia", en *La fundación de la ciudad. Mesopotamia, Grecia y Roma*, Barcelona, CCCB, pp. 33-48.
- (2004), *Mari. Métropole de l'Euphrate au IIIe et au Début du IIe millénaire av. J.-C.*, París, Picard-ERC.
- (2009), "La fondation de Mari. Première approche d'une technologie de fondation", *Estudos Orientais*, 10, pp. 13-33.
- (2011), "Aux origines de l'architecture militaire en Mésopotamie", en *Stratégies de défense, de conquête ou de victoire en Méditerranée des textes aux architectures et à l'aménagement*, Tlemcen, pp. 11-45.
- (2012), "Du village à la ville: continuité ou rupture?", en *Du village néolithique à la ville syro-mésopotamienne*, Ferrol, PAMES-UDC, pp. 67-97.
- (2013), *Cités invisibles. La naissance de l'urbanisme au Proche-Orient ancien*, París, Paul Geuthner
- (2014), *Mari. Capital of Northern Mesopotamia in the Third Millennium*, Oxford-Philadelphia, Oxbow Books.
- Mazar, A. (1995), "The Fortification of Cities in the Ancient Near East", en *Civilizations of the Ancient Near East*, volumes III-IV, Peabody, Hendrickson Publishers, pp. 1523-1537.

- Mielke, D. P. (2012), "Fortifications and Fortification Strategies of Mega-Cities in the Ancient Near East", en *Mega-cities & Mega-sites, the Archaeology of Consumption & Disposal, Landscape, Transport & Communication, 7th ICAANE vol. 1*, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, pp. 74-91.
- Montero Fenollós, J. L. (2004), "Revisando a Gordon Childe, el concepto de Revolución Metalúrgica en los albores de la historia de Mesopotamia", en *Miscelánea en homenaje a Emiliano Aguirre*, Alcalá de Henares, Museo Arqueológico Regional, pp. 312-319.
- (2017), "Bronze Metallurgy in the Times of Earliest Cities. New Data on the City I of Mari", *Ash-Sharq*, 1, pp. 48-54.
- (2019), "La frontera noroccidental del reino de Mari a comienzos del II milenio a. C. a la luz de los textos y la arqueología. Reflexiones sobre la localización de Dur-Yahdun-Lim", *Clarooscuro*, 18, pp. 1-21.
- Nadali, D. (2007), "Ashurbanipal against Elam. Figurative Patterns and Architectural Location of Elamite Wars", *Historiae*, 4, pp. 57-91
- Nigro, L. (2015), "Tell es-Sultan 2015. A Pilot Project for Archaeology in Palestine", *Near Eastern Archaeology*, 79, pp. 4-17.
- Pedersén, O. (2011), "Excavated and Unexcavated Libraries un Babylon", en *Babylon. Wissenskultur in Orient und Okzident*, Berlin-Boston, De Gruyter, pp. 47-67.
- (2021), *Babylon. The Great City*, Münster, Zaphon.
- Reade J. E. (2008), "Early Travellers on the Wonders: Suggested Sites", en *Babylon: Myth and Reality*, London, British Museum, pp. 112-118.
- Rey, S. (2012), *Poliorcétique au Proche-Orient à l'âge du Bronze. Fortifications urbaines, procédés de siège et systèmes défensifs*, Beyrouth, IFPO.
- Sanmartín, J. (2018), *Gilgamesh, rey de Uruk*, Madrid, Trotta.
- Sasson, J.M. (1969), *The Military Establishments at Mari*, Roma, Pontifical Biblical Institute.
- Sollberger, E., Kupper, J. R. (1971), *Inscriptions royales sumériennes et akkadiennes*, Paris, Éditions du Cerf.
- Thomas, A. (dir.) (2016), *L'histoire commence en Mésopotamie*, París, Louvre.
- Van Ess, M. (2008), "Koldewey, Pionier systematischer Ausgrabungen im Orient", en *Auf dem weg nach Babylon. Robert Koldewey. Ein Archäologenleben*, Mainz, Verlag Philipp von Zabern, pp. 91-103.
- Vidal, J. (2012), "La guerra de asedio en el período paleobabilónico según los textos de Mari", en *Fortificaciones y guerra de asedio en el mundo antiguo*, Zaragoza, Libros Pórtico, pp. 21-35.
- Wetzel, F. (1969), *Stadtmauer von Babylon*, Osnabrück, Otto Zellen.
- Yadin, Y. (1963), *The Art of Warfare in Biblical Lands*, 2 vols., New York-Toronto-Londres, McGraw-Hill Book Company.